

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR
JACINTO J. CUCCARO

ADMINISTRADOR
JUAN PROBST



ENSAYO SOBRE EL TEATRO DE MAETERLINCK

LA PRINCESSE MALAINE

La Princesse Malaine, es el más «exterior» de los dramas de Maeterlinck, aquel en que menos se vive en el mundo de las almas; y es, al mismo tiempo, el más accidentado y por tanto el más representable. Hasta recuerda, en ciertas ocasiones, la grandiosidad trágica de algunos dramas de Shakespeare: Hamlet, Macbeth, Keen Lear.

Es que *La Princesse Malaine*, precede a los otros dramas, y en él sólo se insinúan «los misterios de los destinos humanos», apenas se notan los lazos que se tienden «de lo visible a lo invisible, de lo temporal a lo eterno» como dice el autor en el *Prefacio a su Teatro*.

La noble simplicidad de los dramas posteriores está apenas esbozada. Casi hay timidez de presentar a las almas viviendo al calor de sí mismas en su excepcional profundidad. Hay menos fuerza espiritual y mayor fuerza pasional, fuerza destructiva que se empeña en dominar en el curso de la vida, mientras las almas, debilitadas, carecen de energía para elevarse hasta la región donde se vive la verdadera vida interior. intensa y buena, allí donde se comprende el valor de las otras almas.

Quizá en este primer drama temió el autor resultar incomprendible si nos mostraba en él su propia alma cargada de ensueños nacidos de su contemplación de la belleza o de escuchar las voces de la soledad y del silencio... Y por no parecerse demasiado a sí mismo prefirió alejarse del propio ascendente camino de su genialidad y seguir una ruta intermedia entre sí mismo y los que le precedieron. Y escribió así un intenso drama en que falta, sin embargo, algo del posterior Maeterlinck. Algunos momentos de sus personajes, ciertos lugares, uno que otro presentimiento doloroso que asalta a Malaine o a Hjalmar, la escena del amor de ambos en que culmina el terror de Malaine; ciertos instantes en que las almas hablan... o se callan y viven entonces y aman: todo eso es de Maeterlinck, del Maeterlinck que escribió *Pelleas et Melisande*. Pero otros personajes como la reina Ana, perversa y complicada y la Nodriza de Malaine, buena y fiel, pero maliciosa y desconfiada; y algunas escenas de gran movimiento, de *poco silencio* y grandes pasiones no se repiten en los dramas posteriores. Hasta hay transiciones bruscas de lo trágico — lo grande trágico — a lo casi grotesco — como la escena de la taberna en el acto segundo — que no encontramos después en Maeterlinck.

Entran en este drama personajes del pueblo: unos pobres, varios paisanos, un vaquero, hombres, mujeres, niños; vulgares no sólo de condición sino de alma, no aparecen allí para acentuar la acción principal, sino que realizan un paréntesis en ella. En otros dramas, el *pueblo* no aparece minuciosamente estudiado, cosa que localiza con precisión en tiempo y lugar a la escena. Aparece como multitud, casi como *cero* no movido por interés particular y bajo, sino por alto y noble desinterés: tal la «multitud» de *Interieur*, o la de *Ariadne et Barbe bleu*; tales las sirvientas de *Pelleas et Melisande*.

Hay dolor espiritual en *La Princesse Malaine*; pero no dolor de lo desconocido. La frase que hace adorable a Melisande y que la vela en misterioso encanto... «Je suis triste» no la pronuncia jamás Malaine! ¡Y casi no pronuncia esta otra palabra, misteriosa porque cada vez que se dice muestra un alma: *yo!* Es que mientras en los restantes dramas ascendemos a un mundo espiritual, mejor que el nuestro, donde no

se realizan actos, ni se pronuncian palabras inútiles y superfluas porque cada palabra y cada acto adquieren una transcendencia y tienen una sinceridad extraordinaria, en *La Princesse Malaine*, donde hay complicaciones que recuerdan las de nuestro mundo superficial y deforme, donde hay pasiones bajas que tejen dolor y miserias, sobre las pobres vidas de los hombres, no pueden las almas mostrar la absoluta sinceridad de su *yo*.

La obra de la maldad humana, que detiene a las almas en el bajo suelo, se advierte en el drama, como se advierte en *Hamlet* o en *Macbeth*.

El dolor, en los dramas posteriores procede de «leyes invisibles» e inevitables que pesan sobre el hombre; y se advierte en seguida que no es consecuencia del pecado ni se llama castigo: el dolor en aquellos dramas de Maeterlinck es iniciación o acaso ofrenda a la misteriosa vida ascendente de las almas encantadoras y profundas. Pero el dolor de *La Princesse Malaine* es fruto inmediato de la maldad: es dolor pasional, terrible, criminal: es castigo, remordimiento, debilidad, cobardía. Es que las almas no han llegado a conocerse. Quizá para adquirir la sabiduría de la vida que tiene Arkel no sea necesario ser mejor, sino conservarse tal cual se es en el instante mejor, cuando el alma se supera a sí misma, cuando se vive la vida excepcionalmente noble y excepcionalmente rara de valerosa sinceridad que los hombres ni saben ni se atreven a vivir. Tales son las almas de los personajes de Maeterlinck. Pero en *La Princesse Malaine* hasta los mejores — el príncipe Hjalmar y Malaine — son débiles — llega para ellos la muerte antes de llegar la vida — porque no tuvieron suficiente valor para vencerla.

En otro drama — *Aglavaine et Selysette* — dice Meleandro: —«Yo no sé si alguna mujer ha merecido nunca sufrir demasiado». —¿Y la reina Ana?, podríamos preguntar, ¿y la reina Ana, de *La Princesse Malaine*?

Hay otra mujer monstruosa en el teatro de Maeterlinck: aquella reina implacable, la terrible abuela de Tintagiles y de Igraine. Pero al menos, el monstruo no está oculto bajo seductora apariencia; sus víctimas se precaven, se defienden: la ogresa está allí, allí siempre, y los pobres niños saben que mo-

rirán si no la matan... ¡Pero la pobre Malaine! Ella agradece a la reina sus cuidados, ella confía en su cariño... y ni el Príncipe Hjalmar ni la Nodriz sospechan que deben defenderla.

El rey Hjalmar tampoco se parece a los otros reyes de Maerlinck—; cuán lejos está de Arkel!—pero acaso en algunos instantes tiende a parecerse a ellos. En el acto primero, por consejo de Ana, en guerra que por lo rápida y lo insensata parece un rapto de locura, devasta el país de Malaine... Obra como un pobre niño loco. Luego su locura se debilita, se debilita, y en su lucha contra la fatal influencia de Ana, aparecen dos hombres: uno que por Ana va hasta el crimen y la locura, y el otro... que *no querría* hacer todo aquello, que se sabe viejo, que siente acercársele la muerte, que siente profunda compasión de sí y profunda compasión de sus víctimas, que quisiera alejarlas... pero no puede.

Veamos esa lucha interior en una escena del tercer acto.

El rey.—¿Malaine?

Malaine.—¿Sire?

El rey.—¿Yo no os he abrazado todavía?

Malaine.—No, Sire.

El rey.—¿Puedo abrazaros esta tarde?

Malaine.—Pero, sí, Sire.

El rey.—(abrazándola). ¡Ah! ¡Malaine! ¡Malaine!

Malaine.—¿Sire? ¿Qué tenéis?

El rey.—Mis cabellos blanquean... ¡ya lo véis!

Malaine.—¿Me amáis un poco hoy?

El rey.—¡Ah! ¡Sí, Malaine!... Dame tu manita. ¡Oh! ¡oh! está cálida todavía como una llama!...

Malaine.—¿Qué hay? Pero ¿qué es lo que hay?

Ana.—Vamos, vamos. ¡La hacéis llorar!

El rey.—¿Quisiera estar muerto!

Malaine tiene quince años. El rey más de setenta. Malaine es huérfana y extranjera por culpa de Ana, por culpa del rey. Ella aconsejó; él obedeció. Y la princesa Malaine languidece por culpa de Ana, por culpa del rey que la van matando poco a poco. Ella mandó; el rey, cada vez más sumiso, obedeció...

¡Y el pobre rey ama, sin embargo, a la pequeña princesa y siente profunda compasión por ella!

El príncipe Hjalmar se presenta al principio indeciso, o quizás mortalmente hastiado de la vida. Se siente acaso demasiado rodeado del hálito malsano de Isselmonde. Ana, la bella intrusa, lo desconcierta profundamente; pero como su alma es una alma simple, no sabe, no puede defenderse. No sospecha hasta dónde aquella mujer amenaza su vida.

Es recto y leal; pero es débil. Ni siquiera intenta rebelarse cuando proceden contra él. Sus sentimientos son también tardíos o dormidos.

Pasada la guerra, y devastado el país de la princesa, Hjalmar con su amigo Angus — que recuerda al Horacio de Hamlet — recorre las ruinas. Lleva en el alma tristeza de muerte que encuadra con la desolación del lugar. Con indiferencia dolorosa—por su alma en que ya hay indiferencia—pregunta por las personas que conoció —«¿Y el rey Marcelo? ¿Murió? —¿Y la reina Godeliva? — ¿Y la Princesa Malaine?» — Y va recibiendo la invariable respuesta: —«Murió, murió, se dice que murió».

Al Príncipe Hjalmar ya no puede dolerle todo eso: ¡Hay tanto dolor en su corazón! ¡Y qué dolor!: monótono, implacable, abrumador. Igual hoy que ayer, mañana que hoy. Nada puede conmoverlo, nada puede consolarlo. Ningún interés humano puede apartarlo de él. ¡Pobre príncipe Hjalmar que ha perdido el sentido que aprecia lo que es amable en la vida!

Y en cambio ¡soporta tantas cosas que con ánimo satisfecho y seguro de sí mismo hubiese rechazado! Hasta consiente — porque Ana quiere — en casarse con la princesa Uglayne, aunque tenga una «petite âme de cuisiniere», pues ella, o cualquiera otra, lo mismo es para Hjalmar. ¡Pobre príncipe Hjalmar que ha perdido el sentido que advierte la belleza espiritual y profunda!...

Tal lo encontramos en la primera parte del drama.

La princesa Malaine en cambio — una criatura que no ha cumplido quince años — es de una firmeza admirable. Ha visto sólo una vez al príncipe Hjalmar y está resuelta a no querer en su vida, sino al príncipe Hjalmar.

No protesta de la oposición que se le hace. No pronuncia muchas — y ni siquiera lindas — palabras para decir que quiere al príncipe, pero cuando el rey Marcelo, después del escándalo provocado por Ana en los esponsales de Malaine, le pregunta: «¿Amas todavía al príncipe Hjalmar?», ella responde muy suave, pero muy firmemente: «Sí, Sire». El rey insiste y Malaine insiste. Y hasta cuando ella misma confiesa no tener esperanza, el rey pregunta esperanzado: «¿Prometes entonces olvidar al príncipe Hjalmar?». Malaine contestó resueltamente: «No, Sire». Y el rey Marcelo pierde la paciencia. Malaine, la princesita blanca como un cirio ¡y tan rubia!, guarda, allá, en el fondo de su alma, un amor hondo y sereno.

Sí, la princesa Malaine es firme y valiente. Firme y valiente en su amor hasta la audacia. No se abandona al dolor cuando ve su país desolado y a sus padres muertos; no se pone a considerar tristemente su desamparo; ni siquiera se sabe si sufre por eso. Un pensamiento la sostiene: el príncipe Hjalmar, ver al príncipe Hjalmar. Es un pensamiento dominante, pero no un pensamiento enfermizo: está en su voluntad, tanto como en su sensibilidad. Nada la desvía de su propósito: teme como un niño la obscuridad y los rumores de la selva, y por su libre voluntad, sin embargo, atraviesa de noche la selva; sabe que todo le será hostil en Isselmonde y su voluntad la lleva a Isselmonde. Quiere ver al príncipe Hjalmar, aunque el príncipe Hjalmar no la vea, aunque el príncipe Hjalmar se case con la princesa Uglayne. Y porque quiere verlo, no vacila en servir a la reina Ana y a su hija.

Un día Malaine prepara una entrevista con Hjalmar. Todo lo preve: engaña a Uglayne, a Ana, al mismo Hjalmar. Allí culminan la habilidad y audacia de Malaine...

Pero llega la noche oscura y extraña en que Malaine y Hjalmar vuelven a verse... Y declina la estrella que fijara camino a la princesa.

Hasta entonces Malaine es valiente y decidida. Pero desde ese instante, desde el instante en que se encuentra sola en la

noche con Hjalmar, en medio de extraños rumores y bajo los «mil ojos» que desde los árboles se clavan en ella, desde ese momento Malaine deja de ser valerosa. Un terror sobrenatural la estremece, pierde el dominio de su voluntad. Aquel ineludible destino que pesa sobre sus hermanas: Mélisande, Alladine, Selysette, la señala a ella también. Ya no procede en vista de su amor: procede, sin advertirlo, en vista de *aquello*, sobrehumano y misterioso que desde ese instante la circunda, que pone extraña palidez en su rostro e inquietud dolorosa en sus ojos...

Diríase que la noche en que Hjalmar y Malaine se reconocen ha de traerles felicidad duradera. Una ternura, encerrada muy profundamente en el corazón de Hjalmar, asciende y lo anega... Cree que empieza a amar; que empieza a amar a Uglayne...

Cree haber recobrado el sentido que aprecia lo que es amable en la vida. Cree advertir la belleza espiritual y profunda...

Pero la voz de Malaine descubriéndose, descubriendo un nombre que para todos es nombre de una muerta, suena con angustia mortal en el silencio de la noche:

—«¡Yo soy la princesa Malaine!».

Hjalmar se estremece. Malaine misma se estremece cual si nunca hubiese escuchado el sonido de su voz.

—«¡Yo soy la princesa Malaine!», repite.

Es que ese secreto es terrible secreto en Isselmonde. ¡Desdichada Malaine que se atreve a repetirlo! El viento lo lleva a oídos de la reina Ana. Malaine está perdida.

Hjalmar no comprende. Y ella repite aún, tercamente, angustiosamente, cada vez más patética, cada vez menos humana:

—«¡Yo soy la princesa Malaine!».

Un chorro de agua solloza de pronto. Los ojos que causan terror a Malaine están siempre allí, en los árboles. Sus mismas voces suenan de un modo singularmente extraño. El espanto crece por momentos y sube, sube y oprime las gargantas.

Y las palabras que debieron ser dulces palabras son palabras de temor. Y las miradas que debieron ser dulces miradas son miradas de inquietud...

Y la que hubo de ser entrevista de amor, dejó en sus almas vagos y tristes, muy tristes presentimientos...

Desde entonces Malainé no es ya la valerosa y muy firme princesita. Tristeza flota en su alma; y a veces real e inevitable se cierne sobre su vida. La voluntad de Malaine cede entonces y nos aparece más dulce, más débil, más indefensa.

Su dulzura es adorable: —«Mi pobre Malaine. ¡Es tan resignada!...», dice enternecido el príncipe Hjalmar».

Su debilidad es conmovedora: hasta el vacilante rey Hjalmar, hasta el pequeño Allán, los más débiles, quisieran protegerla. Diríase que todos presienten vagamente el peligro, pero lo ignoran y no saben cómo han de tenderle la mano salvadora.

A medida que la debilidad de Malaine aumenta, crece la audacia de la reina Ana. Una íntima fruición la arrastra al crimen. Hasta se diría que quiere a Malaine porque Malaine es su víctima. La acaricia, la adula, se preocupa por su salud, la cuida más que a sus hijos y con un interés que no se sabe si es perfecto fingir o apasionamiento terrible por su víctima...

¡Y cómo pretende llegar hasta Hjalmar!... Pero Hjalmar se estremece al contacto de su persona, al sonido de su voz, cual si sintiera un frío repugnante y mortal.

¡Y la noche del crimen! Nada tan terrible como esa noche en que hasta la naturaleza parece desobedecer a la fuerza inmutable que desde la eternidad la gobierna. Todo en esa noche parece adquirir voluntad nefasta y terrible. Ni los más ancianos vieron jamás noche como aquella.

... Y Malaine encerrada en una triste habitación, cuya ventana da al cementerio, enferma, débil, sola, asaltada por mil temores. El viento que mueve las tapicerías, los ojos de su perro Plutón que brillan en la noche, el crucifijo que se balancea, el vestido de novia que parecen animarse, todo hiela de espanto a Malaine, que cae por fin, desfavorida sobre el lecho.

La tormenta crece. Afuera, en el corredor, están el rey Hjalmar y la reina Ana. Van a entrar; pero el débil, el harto débil y dominado rey Hjalmar quiere detenerse ante la puerta de la inocencia y de la debilidad. La postrera lucha se entabla en su conciencia: quisiera salvar a Malaine, a aquella Malaine cuyo cariño, cuya suavidad, cuya bondad, lo reconcilian con la dulzura de la vida; quisiera salvarla o por lo menos huir, o estar muerto...

El rey ama la muerte que lo salvaría de Ana, que lo salvaría del crimen. Su voluntad nada puede. Ama a Ana y Ana lo domina como la serpiente al pobre pajarillo.

Un espanto no menor al de Malaine se apodera del rey. Todo le asusta, todo le remuerde. Quisiera detenerse, olvida la llave. Está ya medio loco. —«¡Oh! ¡oh!, dice. ¡Yo tendría menos miedo de la puerta del infierno! ¡Y no hay sino una niñita allí, detrás; y ella no puede!... ¡Ella no puede tener una flor en sus manos! Ella tiembla cuando tiene una pobre florecita en sus manos; y yo...».

Se levanta como un niño: hoy no, todavía no; pide desesperado.

Ana le obliga a entrar. Entran. Malaine está casi muerta de terror. Ana la acaricia, la habla. Malaine enmudece; el espanto le impide hablar. —«¿Has perdido la voz»? pregunta Ana. Malaine responde al fin. No: «¡Ah! ¡Tú vives todavía!», se le escapa a Ana, que parece decir en un suspiro de alivio: ¡vive, entonces puedo matarla!

Y con cobardía sin igual — ¡cómo se es cobarde cuando la víctima es dulce y buena, cuando sabe sufrir en resignado silencio! — habla a Malaine de su madre, le dice, que cual ella, va a acariciarla. Y es en una caricia que le pasa por el tierno cuello el cordón de seda que los dedos oprimen, oprimen,

sin compasión, sin escuchar los ruegos de la pobre princesa que se arrastra ante ella de rodillas.

Desde ese instante crecen los temores del rey, sus remordimientos aumentan hasta volverle loco. Un lirio que cae lo hace estremecer. Recoge la flor; no sabe qué hacer de ella. Vacila; sus ideas se esfuman. Se abre la ventana. Aparece el loco. Lo mata. Asoma la cabeza y siente una aliviadora impresión de frescura. «¡Llueve, llueve sobre mí! ¡Vierten agua sobre mi cabeza! ¡Quisiera estar sobre la *pelouse*! ¡Quisiera estar al aire libre! ¡Vierten agua sobre mi cabeza!».

Y agrega una frase que recuerda a Lady Macbeth: «¡Sería necesaria toda el agua del diluvio para bautizarme ahora!». Afuera, ante la puerta de Malaine, Plutón, el perro negro, se queja. Llegan la nodriza y el príncipe Hjalmar. Lllaman a Malaine. Creen que duerme. —«¡Oh, sí!, ¡profundamente!», dice desde adentro el rey.

Los temores del rey aumentan en la capilla. Sus cabellos han enblanquecido. El granizo ha herido su cabeza. Todos le miran con sorpresa y él cree ver en cada mirada una acusación.

La luz le asusta, la oscuridad también. En las tapicerías que adornan la sala cree ver alusiones a su crimen. Sufre alucinaciones. Cree por fin que alguien lo sabe todo, que han preparado todo cuanto causa su terror. —«¡Esto es abominablemente cobarde! dice. ¡Hay alguien que lo sabe todo! ¡Hay alguien que lo ha visto y que no osa decirlo!...».

La nodriza y el príncipe Hjalmar entran por fin en la habitación de Malaine y descubren el crimen. Acuden los habitantes del palacio. Llega también el rey conduciendo a la reina Ana. Ya no teme nada. Tiene un momento de energía. Un instante de valor ilumina la cobardía de una vida. En ese instante el rey acusa: —«¡Prefiero decirlo al fin! ¡Lo hemos hecho los dos! ¡Ella y yo!».

Allí está el manto rojo de la reina ¡sobre Malaine! Ana no puede defenderse.

Y el príncipe Hjalmar, tiene también, al concluir la tragedia, un gran gesto de energía. Venga a Malaine y a su padre matando; y muere.

Queda solo el pobre y viejo rey. Más pobre y más débil que nunca pues ha perdido la razón. Y acaso lo más triste del drama, lo más amargamente irónico es que sobreviva ese pobre viejo inconsciente. Poco después de muertos Ana y Hjalmar, habla de ellos como de cosas lejanas: «Yo los quería a los tres», dice. Y piensa en seguida en otras cosas. Y después vuelto su pensamiento a los muertos agrega: —«Yo no sé por qué me siento un poco triste hoy». Y se va, sostenido por dos seres que todo lo han sufrido, que todo lo han perdido: Angus, el amigo de Hjalmar y la nodriza de Malaine.

MERCEDES DAUS.

